

pasiones, poned en práctica estas instrucciones, y comenzad desde hoy á llevar una vida cristiana.

SÁBADO SEGUNDO DE CUARESMA.

Es tanta la relacion que tienen entre sí la parábola del Evangelio de este día, y la historia que se refiere en la Epístola, que no es posible dejar de ver que la intencion de la Iglesia en esta eleccion es, que no solo celebremos hoy la vocacion de los gentiles á la fe, sino tambien su preferencia sobre los judíos, despues que este pueblo colmado de bienes se ha hecho indigno, por decirlo así, de su derecho de primogenitura: este es el sentido alegórico, tanto de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien marcada en la predileccion del hijo segundo con preferencia al primogénito. Y como nuestra salvacion la hemos de obrar por la observancia de la ley divina, por tanto la Iglesia en el introito de la misa de este día presenta el carácter y el elogio de esta misma divina ley.

La ley del Señor es pura, brillante, irrepreensible, convierte al alma reformando las costumbres, y arrebatada á todos los que la contemplan. Ella es fiel en sus promesas; muda el corazón y da la sabiduría á los mas simples. El salmo 18 de donde está tomado este introito, es una excelente pieza de moral. David confiesa desde luego que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia de Dios que los ha criado; y toda la idea que da en seguida de la santidad de su ley, es la mas á propósito para hacer santos é irrepreensibles á los siervos de Dios. Los apóstoles y los padres han aplicado este salmo parte á Jesucristo, parte á los predicadores del Evangelio. Teodoro reconoce en él tres especies de leyes ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres. Son, dice, tres voces que nos enseñan cada una en su lengua particular á conocer, amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza que nos habla en las obras del Criador; la segunda es la de la ley escrita que nos explica mas por menor su voluntad y nuestros deberes; la tercera es la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que todas las otras.

La Epístola que leemos en la misa de este sábado nos representa la historia de Jacob, cuyo nombre se interpreta: *el que suplanta*. Era hijo de Isaac y de Rebeca: vino al mundo con su

hermano Esaú el año 2168, y antes de Jesucristo 1838 ó 40. Aun quando eran gemelos, habiendo nacido Esaú el primero tenia el derecho de primogenitura; pero muy poco despues vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por una escudilla de lentejas; este derecho, tan precioso en el antiguo Testamento, dicen los padres, consistía en el sacerdocio que estaba anejo á la persona de los primogénitos; en una doble porcion en la sucesion de los bienes paternos, y en una superioridad sobre todos sus hermanos. Habiéndose casado Esaú con una jóven cananea, llamada Judith, contra la voluntad de sus padres, perdió mucho de la gracia del padre y de la madre. Sin embargo habiendo llegado Isaac á ser muy viejo y ciego, le hizo venir para darle su bendicion, mirándole siempre como el primogénito; por esta ceremonia entraban los primogénitos en posesion de sus prerogativas. Mas como Esaú era gran cazador, le dijo el santo viejo, que no le daria esta solemne bendicion hasta que le hubiese traído alguna cosa de su caza, y se la hubiese compuesto á su gusto. Oído esto por Rebeca, dejó que partiese Esaú, y habiendo llamado á Jacob, le declaró el designio que tenia de procurarle esta solemne bendicion de su padre. Para conseguirlo era necesario adelantarse á la vuelta del cazador, y presentarse como si fuera él. Rebeca dijo á Jacob, que fuese y tomase prontamente dos de los mejores cabritillos del rebaño, á fin de que ella los preparase para comerlos su padre, del modo que ella sabia que le gustaba: esta propuesta era demasiado ventajosa al segundo para que dejase de agradarle; pero Jacob temia que si se descubria el artificio le dañase: Vos sabeis, dijo á su madre, que mi hermano tiene el cuerpo velludo, y que yo soy lampiño. Si mi padre llega á tocarme, y cae en ello, no dejará de creer que yo he querido engañarle, y tengo miedo de atraer sobre mí por esto su maldicion en lugar de su bendicion, y de este modo me arriesgo á incurrir en su desgracia. No temas nada, hijo mio, replicó su madre, yo misma me cargo con esta maldicion; haz pues lo que te he dicho; tú ignoras el misterio. Es visible que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacia obrar y hablar de este modo era la confianza que tenia de ver cumplido lo que el Señor la habia dicho en el tiempo de su preñez, que el mayor estaria sujeto al menor.

Jacob obedeció, y habiendo traído los dos cabritillos los dió á su madre, la cual los aderezó á su padre conforme ella sabia que le gustaban: en seguida hizo poner á Jacob los mas preciosos vestidos de Esaú, que ella guardaba, le puso al rededor del cuello y cubrió sus manos con la piel de los cabritillos. Así dis-

frazado, entró en la cámara llevando lo que su madre habia guisado. Isaac preguntó quién era: yo soy Esaú vuestro hijo primogénito, respondió Jacob; he cumplido lo que me habeis ordenado; comed de mi caza como lo deseais, á fin de que me deis en seguida vuestra bendición. El podia sin mentira llamarse el primogénito, despues que Esaú le habia vendido ó donado su derecho de primogenitura. Lo demás, dicen los intérpretes, con respecto á las promesas de Dios, no consistia mas que en circunstancias figuradas que eran necesarias para acompañar y sostener la verdad principal. Convenimos en el misterio; pero es difícil justificar de mentira á Jacob, cuando asegura que es Esaú. Todo lo que se puede decir con S. Jerónimo, S. Agustin, y otros muchos sabios intérpretes, es que Dios permite alguna vez faltas en los Santos, de las cuales no deja de sacar su gloria, y aun servirse de ellas para la ejecucion de los designios de su providencia, singularmente en el antiguo Testamento en que la virtud era menos acendrada. Era aquel un estado de servidumbre, un estado imperfecto, y no es extraño que lo que no era mas que la simple figura de la ley pura, inmaculada, irreprochable de Jesucristo, se hallase alguna vez acompañado de circunstancias defectuosas. Solo la ley de gracia es la que escluye todo pecado en sus misterios sagrados. Volvamos á tomar la historia de nuestra Epístola.

Sorprendido Isaac al oír á su hijo, le preguntó cómo habia podido hallar tan pronto la caza que habia ido á buscar. Dios ha querido, respondió Jacob, que se me presentase inmediatamente lo que deseaba. Era muy ordinario en el antiguo Testamento el referir á Dios todo lo que sucedia ventajoso durante la vida. Acércate, hijo mio, le dijo su padre, á fin de que yo te toque y reconozca si eres mi hijo Esaú; acercóse Jacob, y habiéndole palpado Isaac, dijo: Por lo que hace á la voz, es la voz de Jacob; pero las manos, son las manos de Esaú. Es muy verosímil que Isaac reconociese entonces el misterio, y que aun cuando hubiese caído en el error á favor del segundo, quiso bendecirle, y por su bendición establecerle superior sobre su hermano, y trasferir á su persona todas las ventajas que pertenecian al primogénito; como la Iglesia de Jesucristo, aunque segunda, por decirlo así, con respecto á la sinagoga, debia obtener toda la herencia, y todas las bendiciones del cielo, que parecian pertenecer á esta hija primogénita, y los gentiles aunque los últimos que han venido, entrar en lugar de los judios en el reino de Dios. Esta es la realidad cuya figura era la historia de Jacob.

No bien habia salido Jacob de la habitacion de su padre, cuan-



do entró Esaú, presentándole lo que acababa de prepararle de su caza, y pidiéndole su bendicion. Isaac le respondió que su hijo segundo se le habia adelantado, y que su bendicion con todas las ventajas y prerogativas anejas á ella estaba ya dada. Esaú desolado, empezó á dar grandes gritos, lloró, se quejó, se enfureció. Isaac, que ilustrado con la luz del Espíritu Santo descubrió en todo esto la conducta de la divina Providencia, ni se conmovió, ni menos se indignó. Trató solamente de consolarle, y no pudiendo revocar lo que habia hecho, se contentó con deseársle alguna prosperidad temporal. Tu bendicion, le dijo, consistirá en lo pingüe de la tierra, y en el rocío del cielo. Tales son de ordinario las prosperidades y las bendiciones de los impíos. Dios les concede prosperidades temporales en esta vida, que son seguidas en la otra de la desgracia eterna. Así se ponen á engordar, dice S. Gregorio, los bueyes que deben llevarse dentro de pocos días á la carnicería.

La parábola del hijo pródigo que hace el asunto del Evangelio de este dia, tiene mucha relacion con la historia contenida en la Epístola. El Salvador que habia venido especialmente por los pecadores, acababa de animarles y convidarles á que se convirtiesen, declarando á todos los que le escuchaban la alegría que causa en el cielo la conversion de una alma pecadora. Y para interesarles mas añadió la parábola que sigue.

Cierto hombre, les dijo, tenia dos hijos. La mayor parte de los padres antiguos creen que estos dos hijos representan los judios y los gentiles, mas esto no impide que esta parábola pueda tambien aplicarse á los justos y á los pecadores; en efecto, todos los pasos del pecador aparecen perfectamente marcados en toda la conducta del hijo desordenado. El mas jóven de estos dos hijos le dijo á su padre que le diese su porcion, ó su legítima, esto es, dicen los padres, la libertad de vivir al antojo de sus pasiones. La libertad porque suspiran los hijos, no es, propiamente hablando, otra cosa que el libertinaje. Por mas que se doliese el padre, viendo el mal partido que tomaba su hijo, tuvo la condescendencia de concederle lo que pedía. Dios no deja nunca de hacer sentir al pecador, por medio de inspiraciones secretas, la desgracia en que va á precipitarse, alejándose de la casa de su padre; pero Dios no quiere nunca forzar nuestra voluntad. El jóven libertino dejó sin sentimiento alguno á su padre; y habiendo salido de su casa, se fué muy lejos á una tierra estrangera. Cuando uno ha vivido por algun tiempo en la inocencia y deja á Dios, no se aleja nunca á medias. Se alejó lo mas que pudo de la vista de aquel buen padre, y

un jóven libertino evita con todo esmero todo cuanto podria traerle á Dios á la memoria. Ya no hay frecuencia de sacramentos, ya no hay ejercicios de piedad, el trato con personas virtuosas se le hace odioso y pesado. No bien se habia introducido con otros libertinos como él, cuando soltando libremente la brida á sus pasiones, no tardó mucho en disipar todos los bienes que le quedaban; perdió todos los frutos de una educacion la mas bella; todas las inclinaciones laudables del mejor natural; perdió hasta la memoria de las obligaciones mas comunes de la religion, y se entregó á los mayores escesos, y á los mas espantosos desórdenes. El libertinaje no es propio para poder sustentarse mucho tiempo. Despues que el pródigo lo hubo comido todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y él se encontró en una indigencia horrible. El pródigo no hubiera jamás conocido la indigencia, si hubiera permanecido en la casa de su padre. El pecador deja á Dios porque cree que va á ser dichoso, y no hay estado ni condicion mas desgraciada; en un solo dia tiene mas desazones que devorar, y mas sinsabores que aguantar, que todo lo que ha tenido que sufrir en el servicio de Dios por espacio de muchos años. El pródigo engañado por el mundo, abandonado de todos sus compañeros en el vicio, que no son amigos mas que de la bolsa de los jóvenes locos, no sabiendo ya qué hacerse, se puso á servir á uno de los habitantes del país, que le envió á su alquería á que guardase los puercos. Le habia parecido demasiado duro al pródigo el vivir bajo de las leyes del mejor de los padres; y por haberle abandonado se ve reducido á la mas vergonzosa esclavitud: tal es la rigorosa esclavitud en que gime el pecador por haber sacudido el yugo de la divina ley; él tiene tantos señores, como pasiones le dominan. Pero ¡ah! ¡qué señores! Señores duros, implacables, que exigen de él las acciones mas bajas, que no le dejan reposo alguno, que le reducen hasta desear el mas despreciable alimento. ¡Un jóven acostumbrado al regalo de su casa, reducido á mantenerse con las sobras de la comida de los puercos! Pecadores, impíos, libertinos, disimulad cuanto quisierais vuestro lastimoso estado: vuestra condicion no es mejor. El se hubiera dado por contento, si hubiera podido satisfacer su hambre con lo que comian los cerdos; pero no habia quien se lo diese. *Ex siliquis.* Algunos esplican este alimento de los puercos, diciendo que eran vainas de habas, ó garrofas, que es lo que suelen comer estos viles animales. La estrema miseria á que se ve reducido le hace entrar dentro de sí mismo, ó digámoslo mejor, la misericordia de Dios que le sigue en todos sus estravíos, tiene cuidado de derramar



tanta amargura en todos sus placeres, que le obliga por fin á entrar en sí mismo : feliz todavía por no haber sufocado esta luz de la gracia, ni haberse endurecido contra estos piadosos movimientos. Comparando entonces lo que ha perdido con lo que ha encontrado ; comparando la paz, la dulzura, y todas las ventajas que gustaba en la casa de su padre, en aquella vida cristiana, vida igual, vida devota, con el estado horrible de su humillante servidumbre, encuentra la suerte del menor de los criados de su padre infinitamente preferible á la suya, y lleno de aquella confianza que la gracia inspira, se determina, en fin, á irse á arrojar entre sus brazos. He aquí el primer paso que debe dar el pecador que piensa en convertirse. Un rayo de esperanza que resplandece al través de las tinieblas de sus extravíos, acaba, por decirlo así, la obra de su conversion. Representándose en su imaginacion los rasgos de bondad que ha visto en su padre, se apodera de él un afecto de confianza, y aunque á su padre es á quien únicamente ha ofendido, únicamente en su padre es en quien espera. ¿ Y no piensa en buscar algun asilo entre los amigos que habia podido adquirir durante el curso de sus devaneos? Falsos amigos, amigos infieles, que despues de haberse aprovechado de sus desórdenes, hubieran sido los primeros que habrian censurado su vuelta. Sí, yo quiero ir á mi padre, yo conozco su corazon, tan pronto como me vea entrar en mi deber, lo olvidará todo. Si yo no tuviese mas recurso que en los hombres me desesperaria ; envanecidos con su imaginaria virtud, insultarian mi miseria ; mas yo encontraré en el corazon de mi Padre celestial un fondo de bondad, que no han enervado ni menos agotado mis ofensas contra él. Me amenaza, es verdad, con el fuego eterno ; pero teme él mas que caiga en él, que yo mismo. He aquí los verdaderos sentimientos de una alma penitente ; y si los extravios del hijo pródigo son el verdadero retrato de los extravíos del pecador, su vuelta y todos sus pasos son la verdadera imágen de una alma de verdad penitente.

La vuelta del hijo pródigo sigue inmediatamente á su resolucion. Voy á partir, dice, y parte ; iré á ver á mi padre, y helo ya á los pies de su padre. Toda dilacion en materia de conversion es pernicioso : no se convierte el que difiere convertirse. Estaba todavía léjos cuando le apercibió su padre, y movido de compasion, corrió á él, le abrazó, y le besó. Dios hace aquí su retrato despues de haber hecho el del hijo pródigo. Por grande que hubiese sido la alegría de este padre por la vuelta de su hijo, ¿ no debia disimularla ? ¿ no debia, á lo menos, reprender

á este jóven libertino su alejamiento y sus desórdenes? Así es como piensan y obran los hombres mas dulces y mas compasivos; pero Dios obra de otro modo: apenas da tiempo al pecador convertido para decirle: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y delante de vos; yo no merezco que se me llame ya hijo vuestro; tratadme como uno de vuestros criados. Prontamente, dice el padre, tráigasele su primera vestidura; póngasele luego un anillo en el dedo; désele el calzado mas primoroso. ¡Buen Dios! ¡qué misterioso es este pormenor! ¡qué consolador! ¡qué de cosas dice! ¿Podrá el demonio servirse del número y de la enormidad de nuestros pecados, de la severidad misma de la justicia de Dios, para precipitarnos en la desesperacion, y para extinguir nuestra confianza? ¡Ah! la liberalidad sucedé á la ternura; en la hora misma que entra en su deber, se le restablece en sus derechos, se le viste tan suntuosamente como si no hubiese disipado su legitima; si el hijo vuelve pronto de su rebelion y de sus desórdenes, el padre es todavia mas pronto para volverle á su amistad. Aun quiere que su alegría se dé á conocer por una fiesta. Traed el becerro mas gordo, comamos y regalémonos; porque mi hijo que estaba muerto, ha resucitado; estaba perdido, y se ha vuelto á encontrar. ¡Qué ventajosas son para mí, Señor, estas figuras! Os habeis complacido en pintaros en ellas á vos mismo; en daros á conocer por estos rasgos de bondad que os son tan propios y que forman vuestro carácter. Vuestras caricias, vuestras liberalidades en favor de un pecador convertido son tan escesivas, que llegan, por decirlo así, á dar zelos á los justos.

Estaban á la mesa, y la música acompañaba la espléndida comida, cuando volviendo el hijo mayor del campo, oyó el sonido de los instrumentos y se impuso del motivo de la fiesta. Entró en zelos, manifestó su estrañeza y aun dió algunas quejas á su padre. Pero el padre, que lo era igualmente del uno que del otro, despues de haber indicado al primero la consideracion que le tenia, comenzó á abogar por el segundo: ¿Podia yo menos, le dijo, de regalar á tu hermano en una coyuntura como la presente? ¿No era preciso darle á entender la alegría que tengo por su vuelta? Pero ¿qué necesidad, dices, de hacer una fiesta por un sugeto tan indigno? Tú hablas como estraño; no adviertes que yo soy su padre, y que él es mi hijo: él estaba perdido para mí, yo no le contaba ya en el número de los míos, y recibo este hijo que habia llorado tanto, cuya pérdida la creia segura, y le veo revivir contra toda esperanza. ¿Podia el Salvador animar, solicitar, urgir de un modo mas amoroso y

mas eficaz al pecador á que se convierta? ¿podia descubrirnos los sentimientos de su corazon para con los pecadores de un modo mas atractivo? ¡Oh! que esto prueba evidentemente lo que este amable Salvador nos habia dicho en otra parte: que hay mas regocijo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella. Pero y viendo como es recibido de su padre el pródigo, y con qué prontitud es revestido de su primera ropa en el instante mismo de su vuelta, ¿se hallarán ministros de Jesucristo que despidan con dureza al pecador; que le rehusen por un tiempo infinito su reconciliacion con Dios, y que hagan que se frustre su conversion por durezas y dificultades que Dios condena? No deben sin embargo censurarse las dilaciones sabias con que los ministros de la Iglesia difieren tambien alguna vez la reconciliacion del pecador. Ellos no ven como el Señor el fondo del corazon, y hay circunstancias en que deben asegurarse por las obras.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da, quæsumus, Domine, nostris effectum jejuniis salutarem: ut castigatio carnis assumpta ad nostrarum vegetatiorem transeat animarum Per Dominum...

Conceded, Señor, os rogamus, un efecto saludable á nuestros ayunos, para que la mortificación á que hemos sujetado nuestro cuerpo sirva para mantener el vigor y la salud de nuestras almas. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 27 del libro del Génesis.

In diebus illis: Dixit Rebecca filio suo Jacob: Audivi patrem tuum loquentem cum Esau fratre tuo, et dicentem ei: Affer mihi de venatione tua, et fac cibos ut comedam, et benedicam tibi coram Domino antequam moriar. Nunc ergo, fili mi, acquiesce consiliis meis: et pergens ad gregem, affer mihi duos hædos optimos, ut faciam ex eis escas patri tuo, quibus libenter vescitur: quas cum intuleris, et

En aquellos dias dijo Rebeca á su hijo Jacob: He oido á tu padre que hablaba con tu hermano Esau, y le decia: Tráeme alguna cosa de tu caza y compómela para que yo la coma, y te bendiga en la presencia del Señor antes de morir. Ahora, pues, hijo mio, sigue mi consejo, y yéndote al rebaño, tráeme dos cabritos de los mejores, para componerlos yo á tu padre, y que los co-